

llegar hasta fiscalizar la hacienda real. Como el orden económico introducido por Alberto era hijo simplemente de la voluntad libre de un rey extraordinariamente leal, fué preciso que trascurriera mucho tiempo y que lo adoptaran muchos monarcas en lo sucesivo para que adquiriera el carácter de costumbre obligatoria para la corona.

La veracidad de la exposicion que hace Asser de este orden económico está corroborada por el hecho de haberse armonizado perfectamente con el modo de ser ya conocido de Alfredo y ocupar un párrafo de su testamento. El monarca, aquejado de continuo por sus dolencias, ordenó prematuramente su última voluntad, que modificó repetidas veces hasta darle la forma que fué sancionada en una asamblea del reino celebrada en Langandene, entre los años 880 y 885, por el witan anglo-sajon, y que fué de carácter definitivo. Apoyado en el testamento de su padre y en virtud del arreglo que con su hermano Ethelredo habia hecho sobre los bienes de su familia, procuróse un acuerdo del witan por el cual podia disponer libremente de ellos, y los distribuyó haciendo especial mencion de cada uno, de manera que á su primogénito Eduardo, futuro rey, le dejó la mayor parte, y legó tambien patrimonios especiales á su esposa, á sus otros hijos, á los de Ethelredo, —Ethelhelmo y Ethelwaldo,—que todavía vivian, y á un pariente desconocido llamado Osfer. El patrimonio de Kent fué legado al obispado de Winchester, donde Alfredo deseaba tener su tumba. Los bienes patrimoniales que de esta suerte se cedian debian ser conservados por los herederos mientras vivieran, pasando luego á sus descendientes varones y en caso de que no los hubiera debian volver á la familia, es decir, al individuo varon mas cercano, pues Alfredo decia: «Mi bisabuelo dejó su patrimonio á las lanzas y no á los husos de su familia.» Al excluir de la sucesion á las hembras se proponia evitar el perpetuo fraccionamiento de sus bienes y procurar que el legítimo heredero, á quien de antemano se designaba ya para el trono, no pudiera carecer de bienes propios. Igual parsimonia observó Alfredo en la distribucion del tesoro real, del cual cedió grandes sumas á los hijos y cantidades mas pequeñas á la viuda y á las hijas, haciendo tambien algunos legados á los ealdormanes y «á los hombres que me seguian.» Algo recibieron tambien los obispos, y las fundaciones obtuvieron asimismo algunas memorias pias, que fueron por el testador precisadas con la misma exactitud con que habia procedido á la organizacion de la hacienda. El testamento de Alfredo no solo es un monumento de su amor al orden sino tambien la expresion de sus delicados sentimientos y de su bondad. Es un rasgo bellísimo el hecho de que entre los bienes patrimoniales que legó á su viuda se encontrara Wantage, lugar de su nacimiento, y es prueba de gran consideracion el que legara á su yerno, Ethelredo de Mercia, cuya posicion era muy distinta de la de otros ealdormanes, no dinero como á estos sino una preciosa espada. El rey, al otorgar su testamento, no olvidó tampoco la atencion de que era deudor para con el obispo Werfritho de Worcester, y de la misma manera que reconoció y recompensó los servicios de sus funcionarios y de la gente de su séquito, mostróse agradecido á la fidelidad de sus siervos, todos los cuales, fuesen ó no siervos de nacimiento, quedaban en libertad de elegir otro señor sin que nadie pudiera exigirles por ello pago de derecho alguno. Muchos de ellos apenas pensaban en hacer uso de esta libertad si el sucesor de Alberto era como él puntual,

exacto, activo y procurador solícito del bienestar de todos.

Acerca de los últimos años de Alfredo, á contar desde que terminaron las invasiones danesas, faltan datos; sin duda trascurrieron pacíficamente, y de seguro el monarca los aprovechó para dedicarse con mas asiduidad al desenvolvimiento de la prosperidad del país. Alfredo falleció á los 52 años, en 26 (segun otros en 28) de noviembre del año 901, siendo enterrado en Winchester, en la abadía de Newminster de Grimbaldo. Su hijo Eduardo, que se encontraba en la flor de su edad, á quien su padre, desde el momento en que le legaba la porcion mayor, designaba claramente como heredero de la corona, fué reconocido como tal por los witanes y á lo menos desde 898 siguió en el gobierno la conducta de su padre. Una prueba de la fiereza que en todas las cosas habia dejado establecida Alfredo es el hecho de que habiendo querido Ethelwaldo, primo de Eduardo, apoderarse de los bienes del patrimonio real y disputarle sus derechos al trono, no pudo hacerse un partido entre el pueblo y hubo de huir á los territorios daneses de Estanglia, en cuyo ejército pereció, en 905, combatiendo contra sus propios compatriotas.

Los treinta años del reinado de Alfredo de Wessex significan para Inglaterra la conclusion del antiguo y el principio del nuevo desenvolvimiento. Los pequeños reinos de los antiguos tiempos, excepto el Northumberland y Estanglia que habian tenido que someterse á la dominacion danesa, ó habian sido anexionados al nuevo reino de los anglo-sajones ó habian tenido que someterse á este, como aconteció con Mercia y los pequeños principados britanos de Gales. Las irregulares irrupciones de los wikingos daneses parecian haber terminado con la gran crisis de 893 á 897, y las soberanías danesas que habian sido fundadas en las mencionadas provincias, tenian casi el mismo interés que los anglos y los sajones en que aquellas irrupciones no se reprodujeran. El estado de cultura de los anglo-sajones habia decaido notablemente á causa del continuo estado de guerra, pero no habia sido dominado por la barbarie, y desde el momento en que tomaba nuevo vuelo era probable que en su armonía con el cristianismo llegara á sobreponerse á los extranjeros paganos que se habian establecido entre los cristianos anglos. La Iglesia anglo-sajona, á su ferviente catolicismo y á su gran respeto hácia Roma, del que participaba Alfredo, segun lo demostró desde el año 883 enviando allí casi anualmente ricos presentes, unia un sentimiento nacional muy marcado, sentimiento que por necesidad debia robustecerse cuando se comenzó á utilizar el idioma nacional para los libros religiosos y para los trabajos científicos. Los fundamentos germánicos de la Constitucion, de la administracion de justicia y de la jurisdiccion militar habian sido respetados en absoluto, á pesar de haberse introducido en ellos algunas modificaciones, hijas, en parte, de las circunstancias de la época y en parte de las consideraciones para el porvenir. Y si bien tenian por objeto, por regla general, dar mayor extension á las atribuciones del rey en muchos asuntos, la organizacion económica dispuesta por Alfredo, permite relacionar estas facultades con la posibilidad de la cooperacion del gran consejo al tratarse de fijar los impuestos.

Nada estaba en definitiva concluido; pero si el reino de Alfredo tardó mucho en ser, así exterior como interiormente, la Inglaterra propiamente dicha, Alfredo contribuyó algo mas que como simple precursor á que llegara á serlo.

EL ISLAMISMO

EN ORIENTE Y EN OCCIDENTE

POR EL

DOCTOR AUGUSTO MULLER

PREFACIO

Quien quiera que se proponga hoy escribir la historia del islamismo, se encuentra en una situacion desventajosa respecto de los historiadores de otras materias. A pesar de la larga serie de excelentes monografias sobre partes aisladas de ese conjunto, que comprende la historia de una gran parte del mundo durante un período de 1200 años, no puede decirse que ni una cuarta parte siquiera de esta materia tan extensa, y que cada día se aumenta, esté tratada como demandan las exigencias de la ciencia moderna. Nadie puede hacerse la ilusion de llenar por sí solo tan dilatadas lagunas. El historiador mas conspicuo en el círculo del islamismo, y uno de los mas notables en general del presente siglo, ha consagrado toda una vida de penosas é incesantes tareas á describir la mitad, aproximadamente, del período musulmánico de España. A pesar del alto ejemplo dado por el incomparable Dozy en su *Histoire des musulmans d'Espagne*, á los que no pueden medirse con él ni en talento ni en saber solo es posible tratar hoy día pequeños fragmentos de la historia del Islam con aquella severa investigacion. Esto no obstante, me ha parecido que no es empresa demasiado atrevida hacer un estudio general de la *Historia del Islamismo en Oriente y en Occidente*. Al lado del libro de Weil, que se dió á luz pronto hará veinte años, juzgo que no estará demás, dentro del plan general de la presente publicacion, una nueva obra cuyo autor se ha esforzado en aprovechar para ella todo lo que ha podido reunir de los orientistas é historiadores de la materia, obligándose, hasta donde alcancen sus facultades, á comprobar por medio de las fuentes originales lo que haya tomado de sus predecesores, en la esperanza de que muchas partes de su libro demostrarán á los versados en el asunto, que no ha descuidado este deber. Mas al propio tiempo, el especialista que con razon crea conocer todo lo que procede de diversas fuentes, no debe exigir lo que precisamente debiera ser reputado como imposible, esto es, un nuevo estudio en todas sus partes independiente y profundo de todos los escritores árabigos, persas y turcos. Deseo ofrecer en lo posible un libro que sea la expresion mas clara y auténtica del estado presente de la investigacion histórica; y con ello, si lo consigo, creeré haber hecho algo útil.

Sobre las fuentes de mi exposicion no necesito extenderme

EL ISLAMISMO

minuciosamente. El que conozca á fondo la literatura árabe, á cuyas manos vaya, acaso, á parar este libro, puede con facilidad hacer la debida comprobacion; á mis verdaderos lectores, que desearia hallar en el círculo mas dilatado de las personas ilustradas, les suplico que presten su confianza aun á aquellos datos que tal vez discrepen de los de otras obras de historia. Justificaciones detalladas de mis citas y apreciaciones, están excluidas por la necesaria limitacion del espacio que se me ha concedido en el plan de la obra general. Solamente en algunos puntos me he permitido motivar brevemente cosas especiales que podrian parecer extrañas. Esto ha sucedido sobre todo en dos casos, en los cuales no he creído deber ser de la opinion de Ranke. Nadie como yo admira la erudicion de este hombre importante, y el golpe de vista histórico con que descubre en todas partes el hilo de los sucesos y sabe hacerlo visible. Especialmente la opinion desarrollada en el tomo V de su obra acerca de la constante y mútua compenetracion del cristianismo y del islamismo desde el siglo VII hasta el IX, es una verdadera obra acabada de composicion clásica y muy luminosa bajo el punto de vista histórico. Pero nadie reputará inconveniente, ni aun siquiera extraño, que un orientista, que está muy léjos de pretender para sí el título de experimentado historiador, haya creído, sin embargo, necesario tomar uno que otro rasgo de sus textos árabigos, que completan la imagen y á veces tambien la modifican. No hay peor homenaje para un espíritu sobresaliente que una adoracion incondicional.

Tengo el deber de conciencia de consignar aquí que para el desenvolvimiento de la *Doctrina de Mahoma* he aprovechado en gran parte los apuntes que están á mi disposicion en la testamentaria de mi inolvidable amigo el difunto profesor Dr. Loth, de Leipzig. La publicacion íntegra que de ellos piensa hacerse mas adelante, demostrará que no me he excedido de los límites que me imponian la gratitud y la piedad por el trabajo del finado. Debo observar, al propio tiempo, que he podido estudiar el texto del Tabarí hasta III, VI.

Una palabra mas, antes de terminar, sobre la manera de escribir los nombres árabes. En la seguridad de que mis colegas no pondrán en duda que conozco exactamente la formacion de las palabras, he escrito aquellos sin tener para

nada en cuenta su ortografía, de tal suerte que un lector de la Alemania del Norte,—sujetándose como es natural á los sonidos de mi idioma patrio,—pueda fácilmente pronunciarlos con la mayor aproximación posible al árabe (1). Más no se puede conseguir, encontrando por mi parte poco práctico emplear en un libro dedicado á un extenso círculo de lectores formas ortográficas cuya significación, convencionalmente fijada por los eruditos, es desconocida por la generalidad. No se achaque, pues, á falta de erudición si encuentran escrito *Sochra* en vez de *Zohra* (2). Especialmente debo

(1) Naturalmente el traductor español ha seguido el mismo sistema para adaptarlos á su lengua patria. (N. del T.)

(2) La *ch* alemana se pronuncia como la *j* española. (N. del T.)

observar que las vocales acentuadas designan el tono principal de la palabra, y, según los casos, también un tono accesorio; si siguen á una vocal dos consonantes, entonces aquella debe pronunciarse corta á pesar del acento; en los demás casos es por lo general larga. *Dh* se pronunciará como *th* suave en inglés en *the*; *th*, fuerte como en *think*; *ch* se pronunciará siempre como en *auch*, nunca, aun después de *e* y de *i*, como en *ich*; *dsch* como *dj* francesas; *w* con sonido vocal como en inglés; *s*, al principio, en medio y al fin de la palabra, siempre suave, como la *z* francesa; y, por último, *ss* y *sz* muy fuerte.

Königsberg, 9 de junio de 1885.

AUGUSTO MULLER

PARTE PRIMERA LOS ARABES

LIBRO PRIMERO

LOS ARABES Y EL ISLAM

CAPITULO PRIMERO

ANTES DE MAHOMA

Según refiere la tradición árabe, á fines del siglo v de Jesucristo, Kuleib, hijo de Rabi'as, era el hombre más poderoso de toda la Arabia y caudillo de la importante tribu de los Benu-Táglib, la cual, juntamente con la de los Benu-Bekr, sus próximos parientes, habitaba entonces el Nordeste de la península, desde el desierto sirio hasta lo más interior de la alta montaña de la Arabia central. En repetidas guerras de éxito feliz se habían defendido ambas tribus, en unión con otras vecinas, de los ataques de los dominadores sudarábigos. Ante Kuleib, cuyas proezas oscurecían todas las de los demás, el mismo Amr, hijo de Hodschr, pasó á segundo término, no obstante que su padre había reunido en una gran coalición, poco tiempo antes, á los beduinos de la Arabia central, habiendo perdido su casa, la de los Kindas, durante algún tiempo la hegemonía recientemente adquirida, ya que la mayoría de las tribus aliadas acordó someterse al caudillaje de Kuleib. Mas con el poderío se aumentó, así se dice, la soberbia del héroe, llegando á los últimos límites; y de ahí que hasta en siglos posteriores fuera vulgar entre los hijos del Desierto el dicho: «Mas soberbio que Kuleib de Wá'il.» así se le llamaba del nombre del tronco común de los Bekr y de los Táglib. Había tomado una mujer, Schelila, de la tribu de los Bekr, cuyos hermanos, así como sus parientes más inmediatos, se habían unido tan estrechamente á Kuleib que Schessás, uno de sus cuñados, había plantado su tienda junto á la suya. Este último recibió la visita de una tía suya, llamada Besús, la que, siendo extraña á los Bekr y á los Táglib, estaba por lo mismo bajo el amparo y protección de su sobrino. Uno de sus compatriotas, Ssá'ad, pasó á verla, permaneciendo junto á ella algún tiempo. Trajo consigo una camella denominada Ssarab, la que llevó á pastar cierto día con los camellos de Schessás, bajo cuya protección vivía, al mismo prado en que pastaba el rebaño de Kuleib. Este había salido á visitar sus prados y vió una alondra empollando sus huevos que al divisarle empezó á piar y á sacudir azorada sus alas. Kuleib estaba de buen humor, y exclamó: «Desecha tu temor; tú y tus huevos quedáis bajo mi amparo y nadie se atreverá á haceros daño.» Cuando poco después volvió á pasar por el mismo sitio, observó la huella de un camello que no le era conocida y que los huevos estaban pisoteados, por lo cual regresó airado á su casa. Al día si-

guiente, yendo con Schessás á recorrer los prados comunes, descubrió á la camella de Ssá'ad, suponiendo inmediatamente que esta había aplastado los huevos, por lo cual le dijo: «Ten cuidado; sospecho algo; si lo supiera de cierto, tomaría mis medidas para que esa camella no viniera más aquí con el rebaño.» Estas palabras desagradaron á Schessás, el cual replicó: «Sin embargo, ¡vive Dios! que así como vino la primera vez volverá otra.» En esta forma continuó la disputa, hasta que Kuleib amenazó con disparar una flecha á las tetas de la camella si volvía al prado, á lo que contestó Schessás: «Si tú le atraviesas las tetas con tu flecha, yo te atravesaré los lomos con mi lanza.» Después se llevó sus camellos, y Kuleib regresó furioso á su casa. Su mujer, Schelila, hermana de Schessás, conoció que estaba enfadado, y preguntándole repetidas veces el motivo, dijo él, por fin: «¿Conoces tú alguno que osara defender á su protegido contra mí?» Ella replicó: «Nadie, fuera de mi hermano Schessás.» Kuleib no quería creerlo y lanzó un punzante epigrama contra su cuñado, el cual no dejó de contestarlo, y así, durante algún tiempo, se cruzaron entre ambos todo género de sarcasmos, hasta que salió un día Kuleib para ver los camellos. Estos, en aquel momento, eran conducidos al abrevadero, yendo delante los de Kuleib; mas Ssarab, la camella de Ssá'ad, que iba entre las reses de Schessás, echó á correr precipitándose al agua la primera. Esto llamó la atención de Kuleib, y se le dijo que era la camella del forastero; entonces supuso que Schessás la había soltado para darle en ojos y cogiendo su arco le disparó una flecha á las tetas. La camella corrió bramando hacia su cuadra, situada junto á la tienda de Schessás; vióla Besús, é indignada por el daño causado á la propiedad de su pariente exclamó: «¡Oh qué afrenta! ¡Oh qué afrenta hecha al huésped!» para excitar á Schessás á vengar el mal causado á su protegida. En vano se esforzó Schessás por tranquilizarla con la promesa de una rica indemnización, pues ella continuó uno y otro día hostigándole y echándole en cara, con dichos y versos sarcásticos, que el huésped no encontraba bajo su techo la protección que todo hombre de honor debía al forastero á quien recibía en su casa, hasta que Schessás prorumpió diciéndole: «¡Calla de una vez, mujer, mañana habrá un sacrificio cuya muerte tendrá más precio para Wá'il (esto es, Bekr y Táglib, véase anteriormente) que tu camella!» Esto fué comunicado á Kuleib, el cual lo interpretó como una amenaza á su camello favorito, pensando solamente que si semejante cosa se atrevía á hacer Schessás le saldría muy cara. Sches-